

EL CRISOL DE LA LEALTAD

COMEDIA EN TRES JORNADAS

AL ILUSTRÍSIMO SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO: en testimonio de antigua,
constante y respetuosa amistad,

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PERSONAS

LA REINA DE ARAGON, *dama.*
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama.*
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan.*
DON LOPE DE AZAGRA, *barba.*
MAURICIO, *monje benito.*
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo.*
FORTUN TORRELLAS, *viejo.*
JOFRE DE ALVÉRO, *galan.*
ALVARO GARCÉS, *galan.*
BERRIO, *gracioso.*
SANCHA, *graciosa.*
ANTON, *ventero.*
RITA, *ventera.*

COMPARSAS

RICOS HOMBRES é INFANZONES.
CLÉRIGOS del séquito del arzobispo.
TRES CABALLEROS del séquito de Torrellas.
CUATRO IDEM del séquito de don Lope de Azagra.
DAMAS. . . }
PAJES. . . } de la reina.
GUARDIAS. . }
CUATRO VILLANOS del séquito de don Lope de Azagra.

La acción pasa en Zaragoza y sus cercanías el año de 1163

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON atizando el hogar y RITA mirando á la puerta con inquietud.

RITA. Mal fuego de Dios, amén,
sobre esa gente maldita
caiga, y pronto.
ANTON. Calla, Rita.
Prudencia y cachaza ten.
RITA. ¿Cachaza y prudencia, Anton,
cuando al punto en que llegaron
ayer tarde, nos robaron
dos ovejas y un lechon?
Y gracias que en el pajar
estaban ya las gallinas.
Dime, en fin, qué determinas,
pues voy la puerta á atrancar.
ANTON. *(Acercándose.)*
¿Sancha y Berrio no han salido

á recoger el ganado...?
pues cuando esté á buen recado
tomaremos un partido.
RITA. El de la venta cerrar
y defender nuestra hacienda.
ANTON. *(Receloso.)*
El diablo que la defienda,
que en ello se puede errar.
RITA. *(Con viveza.)*
Defenderse de ladrones
es justo.
ANTON. ¿Y estos lo son...?
RITA. Las ovejas y el lechon
lo dirán.
ANTON. No más razones.
Calla la boca, mujer.
Esas gentes por momentos
armas reciben y aumentos:
sabe Dios lo que va á haber.

Ya has visto que no encontraron
en el vecino castillo
resistencia, y el rastrillo
al punto les franquearon.

RITA. Porque de Nuño Atarés,
hijo de aquel infanzon,
á quien no quiso Aragon
por su soberano, es.
Y siempre anda desabrido,
y de la reina se queja.

ANTON. Pues á los señores deja
tomar tal ó cual partido.
Y traten los cortesanos
de estas cosas, que nosotros,
manden unos, manden otros,
no salimos de villanos.

BERRIO. *(Dentro y dando grandes voces.)*
Arre... ¡jól!...—¡Maldita burra!
Sancha, abre bien...—Arre... ¡jól!

SANCH. *(Dentro.)*
Ya todo el ganado entró.

ANTON. *(Desde la puerta.)*
Que el morueco no se escurra.

*Salen SANCHA y BERRIO con hondas en la
mano y muy cansados.*

BERRIO. Ya está todo en el corral,
hasta el morueco marrajo;
no ha sido poco trabajo.
¿Qué arisco es el animal!

RITA. ¿Y los cerdos? ¿y el pollino?

BERRIO. De los cerdos... faltan dos.

RITA. Maldito seas de Dios.

¿Dónde...?

BERRIO. ¡Toma...! El peregrino
lo sabe.

RITA. ¡Gran ladrón!

BERRIO. *(Poniéndose el dedo en los labios y acercándose á Rita.)*
¡Chii!!!

que á venir al punto va,
y tiene un gesto, que ya!

RITA. ¡Jesus! ¿Va á encajarse aquí?

BERRIO. El lo dice.

ANTON. ¿Pues le has visto...?

BERRIO. Sancha...

SANCH. *(Interrumpiéndole.)*
Mentira.

BERRIO. Sí, tú:

¡curiosa de Belcebú!

ANTON. *(Impaciente.)*

Expílicate, voto á Cristo.

BERRIO. Sancha la burra montó
para carrear el ganado,
y á carrera por el prado...

SANCH. La burra se me escapó.

BERRIO. Ya se ve que escapó. Como
siempre que le arrima
la persona que va encima
un agujonazo al lomo.

SANCH. Fué porque...

BERRIO. Entre los enebros
vió soldados la pollina,
y siempre se desatina
por ir donde oiga requiebros.

SANCH. ¡Malicioso!

BERRIO. A la cañada
corrió en fin, y yo tras de ella,
pues no debe una doncella
correr sola despeñada.
Y á ese hombre, con otros seis,
nos hallamos.

RITA. ¡Ay, qué miedo!

¡Jesus!

BERRIO. Afirmaros puedo
que de milagro me veis.
Se me heló todito el cuajo.

SANCH. Y á mí tambien.

BERRIO. Quiá. ¡Sanchica!

Si al fin logró la borrica
escuchar un requebrajo.
Yo sí, que caí de rodillas
de pié á cabeza temblando,
cual si estuvieran bailando
en mi cuerpo las costillas.
Y la maldita vision:

¿quién son *(dijo)* los villanos?

y yo, cruzadas las manos,
le respondí: hija de Anton
es esta mala doncella.

Hija de Anton el ventero,
y yo su novio, que quiero
casarme, señor, con ella.

Y el duende repuso: «Bien.
Pues que en su venta me espere,
si es que fiel mostrarse quiere,
al tal Anton le preven.

Y porque no tenga quejas
de mí, dale este dinero,
que con él pagarle quiero
tres cerdos y dos ovejas.»
Y esta me dió.

(Saca una bolsa con dinero.)

RITA. *(Tomándola y examinándola.)*
¡Virgen pura!

Tres veces hay su valor.

ANTON. Pues si es tan buen pagador,
venga con buena ventura.

BERRIO. Y á Sancha tambien...

SANCH. Tambien

me dijo: *Hermosa doncella...*

BERRIO. No hubo hermosa, mente ella.

Doncella solo, y va bien.

SANCH. Sí señor.

BERRIO. No, que es tramoya.

SANCH. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)
Y díome esta cruz, mirad.

RITA. (*Pasmada.*)

A ver... ¡de oro...! Una ciudad vale. ¡Ay Dios, qué rica joya! Marido.

ANTON. Rita, ¿lo ves?

prudencia y cachaza, sí; que el tal me parece á mí, que lo que se suena es.

BERRIO. Tambien nos dijo ese coco...

RITA. Ese señor. Más despacio.

BERRIO. *Esa venta en un palacio se tornará de aquí á poco.*

Lo que me hace sospechar que es algun brujo, hechicero, que es carbon ese dinero, que la venta va á volar.

Y... si es así... ¡guarda, Pablo!

RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?

BERRIO. Siempre diz que se escondió detrás de la cruz el diablo.

RITA. (*Sorprendida.*)

¿No oyes caballos, Anton...?

¡Ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.

ANTON. Déjate, desde la puerta observaré quiénes son.

(*Se acerca al bastidor.*)

¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?

Torrellas nuestro señor, con otros cuatro al reedor, y con Alvaro Garcés.

RITA. (*Cuidadosa.*)

¡Ay cielos...! Que está esa gente tan cerquita no sabrán, y acaso los prenderán...

ANTON. (*Con malicia.*)

Mujer, no seas inocente.

Corro á tener el estribo á Torrellas mi señor.

No te asustes, ten valor;

que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE ALVÉRO, ÁLVARO GARCÉS y tres CABALLEROS.

TORREL. ¡Oh buen Anton! ya veo

que fiel me conociste

desde el mismo momento en que me viste,

y que servirme es siempre tu deseo.

¿Y Rita y Sancha, buenas?

ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.

BERRIO. (*Adelantándose.*)

Los cerdos, las ovejas y pollinos...

ANTON. (*Deteniéndolo.*)

Calla, animal, no digas desatinos.

TORREL. Muy guapa está Sanchica.

BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)

Se escapó esta mañana en la borrica...

RITA. Vete, bruto, de aquí.

TORREL.

¿Quién es...?

BERRIO.

Nostramo,

Berio el zurdo me llamo,

y soy mozo porquero,

y seré, si Dios quiere, para enero

el marido de Sancha,

de lo que está, señor, ella tan ancha,

y tanto, que quisiera

que el matrimonio este verano fuera.

Mas yo estoy hoy mohino

y ronco y fatigado,

porque ella y el morueco

han hecho cosas que me tienen seco.

TORREL. (*Llamando á Anton aparte.*)

Decidme, Anton honrado,

¿habeis visto el anciano peregrino,

que en el fuerte vecino

de Atarés, mi pariente,

se ha alojado esta noche con su gente?

ANTON. (*Con aire reservado.*)

Sancha y el mozo diz que lo encontraron

esta mañana, y que con él hablaron.

TORREL. ¿Y con qué compañía

te han dicho, Anton?

ANTON. (*Llamando á su hija.*)

Escúchame, hija mia.

(*Habla con ella aparte y en secreto, y luego dice:*)

Con cinco hombres no más.

TORREL. Ponte á la puerta,

y para ver si vienen está alerta.

ANTON. Venid todos conmigo.

(*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.*)

TORREL.

El tal romero

cual es se porta á ley de caballero.

Seis á seis la entrevista

tendrá lugar.

GARCÉS.

El cielo nos asista

para ver la verdad distintamente,

y poder resolver lo conveniente.

TORREL. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!

Yo le conoceré cuanto lo vea,

pues aun no se borró de mi memoria

aquel aspecto de grandeza y gloria.

ALVER. Tampoco yo olvidado

tengo su altivo porte y su semblante.

Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,

y le ví lanza en ristre y arrogante

entrar en hora aciaga

en medio de los moros allá en Fraga,

en donde lo perdimos,

y de su arrojo audaz víctimas fuimos.

GARCÉS. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre

su perdido poder, y extienda sobre

Castilla su dominio,

tornando á ser de infieles exterminio.

Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de Torrellas, RITA y SANCHA, y con ellas BERRIO.

RITA. ¡Virgen santa bendita!

SANCH. Amparadnos, señor...

TORREL.

¿Qué es esto, Rita?

BERRIO. Que ya viene...

SANCH.

¡Qué miedo!

RITA.

Estoy sin tino,

Sale ANTON.

ANTON. (*A Torrellas.*)

Aquí llega, señor, el peregrino.

TORREL. A su encuentro salgamos.

(*Al acercarse á la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.*)

Mas ¿qué veo?

¿Es ilusion falaz de mi deseo?

¡Gran Dios!... él es... No hay duda.

ALVER. (*Mirando asombrado á la puerta.*)

Sí... mas del tiempo la carrera muda

ha alterado su rostro.

TORREL.

¡Santo cielo!

GARCÉS. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

Salen D. LOPE DE AZAGRA, con un ropón y esclavina de peregrino: MAURICIO con hábito de monje: cuatro CABALLEROS vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro VILLANOS.—Don Lopé se despoja con nobleza del traje de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la orden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.

D. LOPE. Noble Fortun Torrellas,

cuya fama se encumbra á las estrellas,

y en quien miro y contemplo

de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:

ven, y en estrechos lazos,

pues que en mi apoyo tu favor consigo,

te ciñan hoy los brazos,

no de tu rey, de tu constante amigo.

TORREL. (*Hincando las rodillas y enajenado de gozo y de respeto.*)

No es posible que dude

honra y dicha tan alta, pues acude

tanto recuerdo grato

á mi pecho, do vive tu retrato,

que por mi rey amado te pregono,

y de ayudarte á recobrar el trono

te hago pleito homenaje;

no en tus brazos, señor, do me levantas,

sino á tus régias plantas,

rindiéndote el debido vasallaje.

D. LOPE. (*Levantándolo.*)

Alza, y ven á mi pecho.

Y porque más seguro y satisfecho,

libre de toda duda,

tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;

y porque la verdad hoy testifiques,

y en Aragon publiques

que Alonso, emperador de las Españas,

aquél á quien valieron sus hazañas

tan glorioso renombre,

que de batallador mereció el nombre,

soy yo; y porque asegures la falsía

con que se publicó que muerto habia

en la accion aciaga,

castigo del Señor, cerca de Fraga;

claras, nuevas señales

quiero mostrarte á tí y á estos leales.

(*Separa la veste y enseña una cicatriz.*)

¿Recuerdas esta herida

que al bravo Albucalem costó la vida,

cuando aquí, en Zaragoza, holló triunfante

mi régia planta el bárbaro turbante?

(*Torrellas da muestras de reconocerla.*)

Sí, tú fuiste el primero

que viendo en tierra mi tajante acero

en aquella jornada,

me alargaste tu espada.

Y vive Dios, Torrellas, que venia,

pues fuistes un portento en aquel dia,

toda de sangre bárbara bañada.

(*Mostrando un eslabon roto del collar.*)

¿Ves este collar roto,

de la orden sacra del Sepulcro Santo,

que en Pamplona fundé cumpliendo un

y que de los infieles fué el espanto? (voto,

Recuerda que en mi pecho,

estando tú de mí muy corto trecho,

lo rompió la violencia

de una lanza, en el cerco de Valencia.

(*En reserva á Torrellas.*)

¿Y olvidaste acaso, fiel amigo,

el aviso secreto,

importante á mi honor y á mi respeto,

que me diste sagaz, con que el castigo

de Pero Anzures suspendí prudente,

para ganar la castellana gente?

(Torrellas da muestra de recordarlo áb-
nito.)

Y este anillo real, ¿no lo conoces?

(Enseña una sortija.)

TORREL. (Besándole la mano.)

Basta, señor: el cielo santo á voces
que sois mi rey me dice
y á quien lo dude con furor maldice.
Alvaro de Garcés, Jofre de Alvéro,
aragoneses todos: yo aseguro,
y lo defenderé con este acero,
que don Alonso emperador es este,
que la bondad celeste
devuelve á nuestro amor.

(Hincando una rodilla, y extendiendo la
mano derecha.)

Y yo le juro
obediencia y lealtad.

ALVÉRO, GARCÉS, los tres CABALLEROS, BER-
RIO, ANTON y los cuatro VILLANOS (hin-
cando la rodilla y extendiendo la mano.)

Y lo juramos
todos tambien.

MAUR. (Poniéndose en medio con dignidad.)

En nombre de Dios vivo,
como su sacerdote, yo recibo
el santo juramento,
y os exhorto á su pronto cumplimiento.

D. LOPE. Alzad, vasallos fieles, (Levántanse todos.)

que ya de nuevos triunfos y laureles
juzgo mi frente orlada,
y de Aragon la gloria asegurada.
(Acercándose afectuosamente á Jofre de
Alvéro.)

Llega, gallardo Alvéro.
¡Qué espigado y gentil! Aunque muchacho,
no diste á los infieles mal despacho,
en aquel lance de contrario agüero.
Pienso que fué tu estreno en aquel dia:
ibas por cierto en una jaca pia.
(Alvéro le besa la mano.)—(Acercándose
á Garcés.)

¿Y tú, Garcés?... ¡Cuán bravo caballero
era tu padre! la primera lanza
de Aragon... ¿dónde está?

GARCÉS. Señor, es muerto
en San Pedro de Arlanza,
donde se retiró juzgando cierto
vuestro fin desastrado.

D. LOPE. De lealtad y valor era un dechado.

(Le besa Garcés la mano.)

No perdamos, Torrellas, ni un momento.
A Zaragoza parte,
dando mi nombre al viento,
y alzando de lealtad el estandarte.

Y dile á mi sobrina
que tema de la cólera divina
y de mi noble esfuerzo la venganza,
si al punto sin tardanza
su rey no reconoce en mí, y su tío,
el trono devolviéndome, que es mio.

TORREL. Señor, á obedeceros,
con estos valerosos caballeros,
patentizando al mundo
que vive vuestro esfuerzo sin segundo,
iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,
que escasas dichas y venturas goza
desde el momento que os perdió, la nueva
que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva,
oirá con entusiasmo y alegría,
y os abrirá sus puertas este dia.
Mas para combatir cumplidamente
las dudas y razones,
que opuestos intereses y opiniones
puedan acaso, entre la ruda gente,
esparcir (porque dan tan largos años
lugar á recelar dolos y engaños),
dignaos de darme relacion cumplida
de cómo fué vuestra preciosa vida
en la ocasion salvada;
y de dónde, eclipsada,
tan largo tiempo estuvo,
y escondida y oculta se mantuvo
la majestad augusta que adoramos,
y que hoy, gracias al cielo, recobramos.

D. LOPE. Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.

Sí, todo lo sabrás: atento escucha.
Viendo en los campos de Fraga,
donde Dios airado quiso
dar á mis muchos pecados,
con la derrota, el castigo,
que por momentos crecian,
como mar embravecido,
los escuadrones infieles
sobre los pendones míos;
y conociendo que sólo
de tan tremendo conflicto
hallar pudiera el despecho
de salvacion un camino,
elegí trescientas lanzas,
la flor del hispano brio,
y arrojéme á su cabeza
en brazos de mi destino.
Arrollé como un torrente
los escuadrones moriscos;
sus más bravos adalides,
y sus jeques de más brio
al empuje de mi lanza
cayeron en sangre tintos,
como en la selva al empuje
caen del huracan los pinos.

Mis servidores leales
hicieron raros prodigios
de valor; mas todo en vano,
pues Dios nos negó su auxilio.
Y ya casi todos eran
víctimas de su heroísmo,
cuando de un bote de lanza
vine á tierra sin sentido.
El sol tras los negros montes
buscaba ansioso un asilo,
horrorizado y medroso
del estrago que habia visto.
Y los fieros musulmanes,
á acabar el exterminio
de mis desdichadas huestes,
avanzaron de aquel sitio.
Era ya entrada la noche,
cuando volviendo en mí mismo,
de cadáveres cercado,
de armas rotas y de heridos
me encontré. Y á Dios el voto
hice, al encontrarme vivo,
de ir desde allí á Palestina,
y ante el Sepulcro de Cristo
pedir perdon de mis culpas,
penitente y peregrino,
rogando con lloro al cielo
se me mostrase propicio.
Quitéme la veste régia,
que destilaba hilo á hilo
negra sangre, y el almete
de la corona ceñido.
Y sobre el yerto cadáver,
que ví cerca del invicto
Azagra (en quien semejanza
hallaban muchos conmigo),
tiré ambas prendas, guardando
este collar y este anillo:
y á la luz de escasa luna,
trepando empinados riscos
me retiré. Unos pastores
me dieron su estrecho abrigo,
sin conocerme. Y tomando
pobres y toscos vestidos,
llegar logré á los Alfaques,
en donde el Ibero rio
daba ya por su ancha boca
al mar, pasmado de oirlo,
la falsa y terrible nueva
de mi muerte, en roncós gritos,
publicando de mis tropas
el verdadero exterminio.
Una veneciana nave
depararme el cielo quiso,
y en ella saludé pronto
las riberas del Egipto.

Visité la tierra santa,
y con el abad Mauricio
(este venerable monje,
mi director y mi amigo,
que desde entónces ni un dia
de mí se apartó), contrito
confesé mis culpas todas,
y con ásperos cilicios
adoré aquel mármol sacro,
donde, piadoso Dios Hijo,
por la redencion del mundo
completó su sacrificio.
Del voto que en Fraga hiciera
libre, viéndolo cumplido,
tornar á mi reino quise,
que por hallarme sin hijos
encomendado creia
(cual mandé en un codicilo
que ántes de partir á Fraga
dejé de mi puño escrito),
del Temple á los caballeros,
y del Sepulcro de Cristo
á la órden por mí fundada
de mi reinado al principio.
Y sin dejar de romero
el traje, y con gran sigilo
mi régio nombre ocultando,
con solo el abad Mauricio
las playas dejé de Siria,
fiando al viento mis designios,
en un leño de pisanos
á Génova dirigido.
Mas ¡ay! aun no satisfecho
el cielo estaba, pues quiso
completar de mis pecados
el decretado castigo.
Un corsario sarraceno
tristes esclavos nos hizo,
y en las mazmorras de Malta
juguetes del hado fuímos.
Allí varias veces supe
de mi imperio los conflictos,
ya por voz de mercaderes,
ya por quejas de cautivos.
Supe que mi hermano el monje
manchó de Aragon el brillo;
que Castilla y que Navarra
se hicieron reinos distintos.
Y al fin, que mi roto cetro
á manos habia venido
de mi inexperta sobrina,
sin armas y sin prestigio.
Y amargamente llorando,
más que mi infortunio mismo,
las desdichas de estos reinos
y su cierto precipicio,